

gorias sociales ajenas a la clase obrera» (4). El relato de Duclos nos da una nueva prueba de su calidad como polemista: se emplea en vencer la desconfianza inicial de su interlocutor, nunca le muestra un desacuerdo tajante sobre sus afirmaciones, utiliza los argumentos de Lenin sobre la alianza de clases... Unas semanas más tarde, Duclos daba cuenta al secretario de la IO de que el Frente Popular era un hecho, contando para ello con el acuerdo de Largo Caballero.

Desde un punto de vista historiográfico, la muerte del viejo militante francés representa la pérdida de un testigo excepcional de algunos momentos cruciales de la España de los treinta, en los que actuó de modo decisivo, poniendo en juego toda su capacidad al servicio de su concepción de la disciplina y de la organización. ■ A. E.

(4) Jacques Duclos: *Mémoires*. 1935-1939. París, 1969. Pág. 107.

«EL AÑO DE LA VICTORIA»

Eduardo de Guzmán, Premio Internacional de la Prensa

El Premio Internacional de la Prensa que se concede en el Festival Internacional del Libro, en Niza, ha sido concedido al escritor español Eduardo de Guzmán, por su libro "El año de la victoria" (Editorial G. del Toro, Madrid, 1974). El Jurado estaba compuesto por representantes de siete revistas: "L'Espresso", de Italia; "Newsweek", de Estados Unidos; "Nouvel Observateur", de Francia; "The Observer", de Gran Bretaña; "Nin", de Yugoslavia; "Tagesanzeiger-Magazin", de Suiza, y TRIUNFO, de España. En las reuniones del Jurado se barajaban libros de Hernán Valdés, chileno, autor de "Tejas verdes"; Ivan Illich, May Frisch, Paqualini, Niklaus Meinberg, Hans Jacob Stehle y Lucio Colletti. "El año de la victoria", de Eduardo de Guzmán, había sido propuesto por TRIUNFO.

Eduardo de Guzmán fue antes de la guerra redactor jefe de "La Tierra", redactor de "La Libertad" y director de "Castilla Libre". Fue encarcelado al final de aquella, en condiciones que relata en sus libros "La muerte de la esperanza", y el actualmente premiado. La sinceridad y la claridad de este periodista intelectual ha impresionado, sin duda, a los miembros del Jurado, así como el tema español de su libro, tema que cobra cada vez más actualidad por el nuevo interés mundial hacia la política española. Ha publicado también "1930, historia política de un año decisivo" (Tebas).

Es Eduardo de Guzmán colaborador frecuente de TRIUNFO: en este mismo número encontrará el lector su trabajo "El padre Félix García y las muertes de Azaña y Rivas Cherif".

● —En el «El año de la victoria» —dice Eduardo de Guzmán— presentó la otra cara dramática y sangrienta de la guerra: la de la derrota. Es algo que hasta ahora, cuando van transcurridos siete largos lustros del final de la contienda, no se había hecho en nuestro país. Nada tiene de sorprendente el caso, porque sabido es que la historia la escriben siempre los vencedores. Quizá deba ser así cuando así es, ya que todos los sucesos inmutables en el transcurso del tiempo obedecen a una razón lógica, la conozcamos o no. En el caso contrario —el de no escribir ellos mismos la historia de su triunfo—, su victoria pecaría de incompleta, fragmentaria y parcial. (No en el sentido partidista —que siempre se lo parecerá a alguno de los lectores—, sino en el de total.) A la larga, muy a la larga, podrán hablar y escribir los derrotados. Pero será siempre cuando la victoria haya dado todos sus frutos y los elogios para el vencido —si caben elogios para quien midió tan mal sus fuerzas que lo perdió todo en un solo envite— no pueden oscurecer las luminarias que celebraron el éxito. (No será malo recordar, aunque sea de pasada, que la difusión multitudinaria de «Lo que el viento se llevó» llegó setenta años después de la victoria del Nor-

te contra el Sur de los Estados Unidos. Catorce lustros después de la lucha se podía cantar sin inconveniente alguno al espíritu caballeresco y romántico de los propietarios de esclavos como ejemplos arquetípicos de un pasado muerto sin posible resurrección.)

—¿Tantas semejanzas encuentras entre la guerra de Secesión americana y nuestra última contienda civil?

—Quizá haya más de las que generalmente se cree. No sólo porque ambas sean guerras civiles en que los hermanos se desangran en una desoladora lucha fratricida, sino porque en una y otra se pelea con tanto encarnizamiento que cuentan entre las más sangrientas de toda la historia. Si en América se cifra en medio millón el número de muertos, en España no faltan quienes duplican la espantable cifra. Aunque con toda seguridad, uno y otro número han sido desorbitados por la propensión general a buscar la máxima expresividad en las cifras redondas, bastan para probarnos de nuevo una verdad tan antigua que para muchos se ha convertido en simple tópico sin ningún contenido intrínseco: que si todas las guerras son terribles, ninguna supera en dolorosa angustia a las de carácter civil. No sólo por



Eduardo de Guzmán, en una visita al lugar que ocupó en 1939 el campo de concentración de Albaterra.

su mayor crueldad, sino porque la nación dividida pierde con los dos bandos en pugna.

—¿Crees que se puede hablar ya con claridad y desapasionamiento de la guerra de España?

—Sí. Aunque haya condicionado la vida de varias generaciones de españoles, nuestra contienda civil tiene ya lejanía y perspectivas históricas. A treinta y nueve años de su comienzo están tan separadas de nosotros en el tiempo como lo estaban en mil novecientos treinta y seis las viejas luchas coloniales de Cuba y Filipinas. Cabe, pues, en mi opinión, analizarla serenamente, superados partidismos y apasionamientos, para extraer de ella todas las razones que hagan totalmente imposible su repetición en un futuro más o menos remoto, castigo que, según Santayana, amenazaba a los pueblos que, por olvidar o desconocer su pasado, pueden verse condenados a repetirlo.

Se hace un pequeño silencio. Luego, ante una nueva pregunta nuestra, Guzmán responde:

—Con desgarrada sinceridad, sin acentuar la negrura de las tintas del cuadro, pero sin ocultar su lacerante dolor, «El año de la victoria» relata tal y como fue la odisea de los vencidos de mil novecientos treinta y nueve; concretamente, la de quienes por continuar en sus puestos hasta el último segundo cayeron en manos de sus adversarios. Es la historia de los treinta mil antifascistas —liberales, republicanos, socialistas, comunistas y libertarios— capturados en el puerto de Alicante en la mañana del uno de abril, tras esperar inútilmente en los muelles unos barcos de evacuación que no llegaron a entrar. Una

narración triste en que el número de muertos sobrepasa al de supervivientes, y en que estos últimos llevan grabado en su ánimo visiones imborrables de auténtica pesadilla. Cuento exclusivamente lo que vi y viví, lo que sentí en mis propias carnes como lo sintieron otros en el campo de los Almendros y Albaterra. Es lógico, natural y obligado que el cuadro que presento difiera radicalmente de otras visiones de mil novecientos treinta y nueve por quienes lo contemplaron con muy distinto ángulo de enfoque; pero tan exacto, preciso y veraz que nadie, en los meses que lleva publicado, ha podido desmentir una sola de sus afirmaciones ni negar cualquiera de los episodios que narro con fechas, lugares y nombres y apellidos de sus protagonistas.

«El año de la victoria» —concluye Guzmán— no es, desde luego, un canto de triunfo; no podía serlo al reflejar la suerte y destinos de quienes cargaron con todas las culpas de la derrota. Aunque no publicadas hasta recientemente, estas memorias fueron escritas hace varios lustros, precisamente donde, según Cervantes, «toda incomodidad tiene su asiento». Como es natural, dado los años transcurridos desde entonces, han muerto la mayoría de los personajes que cruzan por mi relato. Sin embargo, algunos no hemos muerto y contamos sencillamente lo que vimos y pensamos. No por innecesaria justificación personal, ni menos aun por satisfacer una vanidad literaria inexistente, sino como un alegato más contra la violencia y la crueldad; esencialmente, contra la guerra civil, compendio y suma de todas las iniquidades imaginables. ■